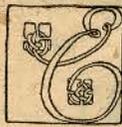


O.C.
to un x

Aspectos de París



L metropolitano — le hay ya en Madrid, como en Londres y aquí — es sin duda un medio cómodo y barato para trasladarse, por vía casi siempre soterraña, de un punto a otro de París. Sirve, además, para conocer la topografía de la gran ciudad y para aprenderse su plano. Porque un taxi, además de su mayor carestía, tiene inconvenientes. Se expone uno a que el cochero le diga, como me dijo uno: «¿Por qué me ha despertado usted?» Sería acaso algún antiguo príncipe ruso.

Con el metropolitano y con el «Nouveau plan Taride» puede uno recorrer todo París. La rapidez no es excesiva y más si hay que cambiar en más de una estación, en una de esas que llaman «Correspondencias». Del hotel en que vivo hasta el café de la Rotonda, de Montparnasse, en que voy casi a diario a hablar de España y a soñarla con españoles, tardo a pie unos cincuenta minutos y por metro unos veinte. La rapidez no es excesiva. Pero es barato. Y desagradable.

¡Estas hórridas estaciones soterrañas del metro! ¡Estos vomitorios o sumideros por los que se precipita la marea de la muchedumbre municipal y espesa, dejándolos oliendo a fatiga social!

Una estación del metro, iluminada por luz eléctrica, entre túneles, es una de las cosas más tristes que ofrece eso que llaman el progreso. A trechos la línea del metro sale a luz y se puede contemplar panoramas de la ciudad. Casi todas las tardes, al ir al café, paso, en el metro de sobre tierra, el puente de Passy y contemplo la torre Eiffel y allá, en el fondo, la basílica del Sagrado Corazón, de Montmartre. Y al pie el río y en medio de él esa cosa ridícula que llaman la Isla de los Cisnes que ni es isla ni tiene cisnes. Y hoteles, albergues, a un lado y otro. Porque aquí, en París, parece que hay más hoteles, más fondas o pensiones, que casas de familia. Y en muchos de esos hoteles no admiten niños. Diríase que París es una gran fonda y una fonda de paso.

¡Qué terrible el brillo, a la luz eléctrica, de esos baldosines relucientes que forman las bóvedas de las estaciones del metro! Y por todo ornato de éstas anuncios; anuncios y más anuncios... *affiches*. Aborrezco los anuncios.

A lo largo de los túneles leíis «Dubonnet» una y otra vez. O bien «Byrrh». Y todavía el anuncio del chocolate Menier, que cuando estuve aquí, en París, la otra vez, hace treinta y cinco años, llenaba todos los huecos de las edificaciones. Pero entre estos anuncios que entristecen aún más a las estaciones del metro me he encontrado con uno verdaderamente cruel. Es el anuncio del *foie gras* Marie. Representa a dos patos, con cofias, delante de una pequeña lata de ese *foie gras* y del pico de uno de los patos salen — escritas ¡claro! — estas palabras:

V *Ah qu'est-ce bon! O sea: «¡Qué bueno es esto!»* Y si se tiene en cuenta que el *foie gras* es producto de la hipertrofia del hígado del pato, al que se le pone enfermo cegándolo y haciéndole vivir en agonía, se verá toda la crueldad que representa el hacer que el pobre pato exclame que aquello es bueno.

Y en todas las estaciones los mismos anuncios, y en las escaleritas y por donde quiera. Y ese olor característico del metro, ese olor a fatiga social, ese olor a tedio de la civilización, ese olor a progreso urbano ¿no provendrá de los anuncios? Se me antoja a ratos que son los anuncios los que así espesan el ambiente. Y sin duda que de ello proviene lo que llaman aquí *caffard*.

En las estaciones del metro, abajo, en lo soterráneo, no se podría poner librerías, puestos para vender diarios, revistas, libros. Estos puestos los hay en las estaciones del metro, pero es a su entrada, donde llega, aunque sea muy mermada, la luz del sol.

Y a propósito de puestos de libros; el otro día, paseando por el bulevar Rochechouart vi un comercio que era de confitería y librería a la vez. No que las postales y confituras estén mezclados con los libros y revistas, no, sino que el comercio tiene a un lado, en una mitad, la confitería, y en la otra mitad la librería, y sin pared, ni tabique, ni mampara que los separe. Se entra por la misma puerta. Puede uno ir a hojear un libro comiéndose un pastelillo. La idea me pareció excelente y más aquí donde es frecuente ver que se aunan la carbonería y la taberna, que se expendan vino en el mismo establecimiento en que se expende carbón. ¿Y por qué no se venden pasteles y confituras en las estaciones soterrañas del metro? Aunque no, que olerían a anuncio, a aviso.

Tomo el metro casi todos los días y cada vez que lo tomo me invade una cierta tristeza. En ninguna otra parte de París siento tan profundamente lo que es y lo que significa y lo que vale el destierro de la patria. Allí abajo, en esos sumideros, me siento desterrado de toda vida libre. Y, sin embargo, es barato, es relativamente cómodo y es relativamente rápido para recorrer París, para abreviar distancias.

He visto a algunas personas, señoritas por lo común, leyendo novelas, de pie, en un vagón del metro y mientras está en marcha. ¿Qué podrán leer así? Porque no comprendo que se pueda leer allí otra cosa que catálogos. Y acaso diarios. Pero en estos avisos, los anuncios.

Si un día esta civilización francesa desaparece como desaparecieron la asiria y la babilónica y la egipcia y la azteca y el desierto gana a lo que hoy es París, se visitará los túneles del metro como hoy se visita las catacumbas. Y se descifrará los anuncios. Y acaso un erudito arqueólogo sostenga que esos anuncios fueron inscripciones funerarias y que el metro fué un gran cementerio. Y acaso no le falte razón.

M i g u e l d e U n a m u n o

